

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO II.

MADRID 4.º DE SETIEMBRE DE 1875.

NUM. 48.



LA APLICACION.

LA APLICACION.

«El que no enseña á sus hijos un oficio, los enseña á robar.»

Esta antigua máxima, que tenían los judíos, han tenido despues todos los pueblos y tienen aun hoy los buenos padres. El hombre, indolente por naturaleza y propenso á los vicios, especialmente al que es la puerta para todos, la ociosidad, necesita ser educado para el trabajo desde sus primeros años. «El jóven,» dice el libro inspirado, «segun su camino: cuando llegare á viejo, no se apartará de él.»

Mirad á la anciana D.^a Clara que con el auxilio de sus gafas, pues su vista se ha gastado con tanto trabajar, trabaja aun, y con cariño y paciencia enseña á su nietecita Hortensia. ¡Mirad que arregladita tiene su casa! Su espejo, su cómoda, la silla donde está sentada, su costurero, su tiestico de flores, todo limpio y reluciente revela mucha curiosidad y mucho esmero, propiedad exclusiva de las personas que están acostumbradas á trabajar, y no se han dejado nunca dominar de la holgazanería.

D.^a Clara fue educada así por sus buenos padres, y le ha ido bien; por eso se esmera en educar así á su querida nieta. Y aunque esta tenia poca inclinacion al trabajo, y un carácter algo indolente, los cariños de la abuela, sus contínuos consejos, y los regalitos que á Hortensia promete á la conclusion de las labores, han logrado ha-

cerla muy humilde, muy obediente, y muy trabajadora.

Los niños, faltos aun de la reflexion conveniente, obran mas bien siguiendo los impulsos de su naturaleza, que el dictámen de la razon.

El dia de mañana, cuando ya sea algo tarde, conocerán los males sin cuento que ocasiona la desaplicacion; entónces desearian poder volver á sus primeros años y tomar otro camino desde el principio, pero ya es tarde. Por eso deben ahora oir los buenos consejos de los que han probado ya en sí mismos el desengaño.

Cuando D.^a Clara un dia y otro dia llama á Hortensia al trabajo, y la reprende si no acude á tiempo, y aun la castiga, si lo cree necesario, la niña lo atribuye al mal génio de su abuela. Así son todos los niños, y deben comprender que la esperiencia y el amor son los únicos que generalmente guian á los mayores.

Niñas de la edad de Hortensia todavía no saben ni hacer media, ni coger una aguja en sus manos, y se rien de su compañera que sabe ya algo. Puede ser que llegue algun dia en que Hortensia se ria de ellas, pues gracias á lo que aprendió por los cuidados de su abuela, sabrá ganarse un pedazo de pan honradamente, ó gobernar bien la casa, miéntras su marido vaya á ganarlo; y las otras niñas vivirán en la miseria.

La aplicacion es una gran virtud. La holgazanería es la madre de todos los vicios.

HISTORIA DE UNA NIÑA AFRICANA.



Hallábase cierto día á la orilla del Océano una niña, como de siete á ocho años, contemplando absorta y maravillada las inmensas y bulliciosas olas, que agitadas por el viento se alzaban rugientes y venían á estrellarse en la playa arenosa, sobre la cual dejaban estampadas sus cintas de blanca espuma.

«¡Ay!» dijo para sus solas la chiquitilla, «¿quién será el que habrá hecho este grandioso é imponente Océano? Por fuerza ha sido Dios: pero ¿quién es ese Dios tan poderoso? ¿dónde está?»

Esto pensaba la niña. Mas nadie había allí que pudiese responder á su pregunta é instruirla respecto al Criador de cuanto existe, al Hacedor del Universo. Era café de nación, en el Africa Meridional. Sus padres eran, como ella, ignorantes y salvajes, sin morada fija; andaban de acá para allá errantes, de lugar en lugar en compañía de su hija. Esta niña jamás hubo oído una palabra acerca de la Escritura Santa, ni del Salvador de los hombres, Jesucristo.

Ignoramos su nombre; empero como mas tarde recibió el nombre de Rebeca, la llamaremos así.

Volvamos pues á nuestra Rebeca, á quien dejamos á las orillas del mar absorta con los pensamientos que en su tierno corazón despertaba el sublime y magnífico espectáculo del impo-

nente Océano. Dios que atizaba ese deseo en su alma, iba preparando los medios de satisfacerlo. Cerca de la morada de sus padres hallábase una mujer también africana, la cual había ya recibido alguna, aunque pequeña instrucción en una estación misionera. Pues bien, á esta mujer se acercó la jovencilla y á su lado pasaba muy contenta algunas horas oyendo con suma atención la relación que le hacía acerca de la doctrina y costumbres de los cristianos. La mujer, como hemos ya apuntado, conocía muy poca cosa de la doctrina del Evangelio, era todavía ignorante; pero lo poco que contar pudo lo refirió á la chiquitilla, la cual lo recibió con ansiosa avidez, pues había en su alma una hambre verdadera y una sed bastante ardiente de la Palabra de Dios. Andaba siempre en busca de una oportunidad para oír esa Palabra, y la oportunidad se la presentó no mucho tiempo después. Hallábase de guarnición en Wynberg, pueblo vecino á la residencia de Rebeca, una compañía de soldados, y un misionero de aquellos contornos venía con alguna frecuencia á dar un culto evangélico y predicar á los soldados al aire libre.

Llevada de la curiosidad la chiquitilla, se introducía, sin ellos apercibirse casi, entre las filas de los soldados que rodeaban al buen predicador, hasta que al fin pudo hallar un rinconcillo junto al mismo misionero desde donde podía escuchar perfectamente cuanto este decía en su sermón. Terminado el

sermon entonaban un himno, cuyos dulces y acordes sonidos produjeron en la niña tan profunda y agradable impresion, que jamas ya se olvidó de aquel cántico. Algunos dias despues el misionero volvió para dar un nuevo culto ante la misma congregacion.

«Madre,» dijo la chica: «¿no quieres acompañarme al culto? ¡Los cánticos son tan hermosos, tan dulces! ¡despues el Pastor nos dice tan buenas cosas; si vieras!»

Por complacer á su hija la madre consintió en acompañarla; mas ¡ay! á la pobre la esperaba un muy triste desengaño; la madre no se encontraba con gana para oír hablar sobre las cosas del cielo, y durante el culto no sentia sino cansancio y fastidio; mas las palabras que tan poco interés parecían tener para la madre, fueron escuchadas con deseo ardiente por su hija. «Un pobre y hambriento perro,» dijo mas tarde, «no puede buscar las migajas con mas avidez que yo las pocas frases que pude recoger de vez en cuando de la Palabra Divina.»

En este tiempo hizo relaciones con una mujer cristiana, quien la enseñó la oracion Dominical y la confesion de fe. Rebeca aprendió tambien algunos versos de ciertos cánticos que repasaba frecuentemente en su memoria; y muchas veces, dejando á un lado sus quehaceres, marchaba por sitios solitarios para orar al Señor é implorar el perdón de sus pecados.

(Se continuará.)



S. LUCAS XII, 22-31.

No esteis afanosos de vuestra vida, qué comereis, ni del cuerpo, qué vestireis. La vida mas es que la comida, y el cuerpo que el vestido. Considerad los cuervos, que ni siembran, ni siegan; que ni tienen cillero, ni alfolí; y Dios los alimenta. ¿Cuánto de mas estima sois vosotros que las aves?

¿Y quién de vosotros podrá con *su* añadir á su estatura un codo? Pues si no podeis aún lo que es ménos, ¿para qué estareis afanosos de lo demas? Considerad los lirios, cómo crecen: no labran, ni hilan; y os digo, que ni Salomon con toda su gloria se vistió como uno de ellos. Y si así viste Dios á la yerba, que hoy está en el campo y mañana es echada en el horno, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe? Vosotros, pues, no procureis qué hayais de beber, ni esteis en ansiosa perplejidad. Porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo; que vuestro Padre sabe, que necesitais estas cosas. Mas procurad el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas.

ELÍAS Y LOS CUERVOS.

El padre de Jaime había sido soldado en Cuba. Todavía recordaba Jaime el día en que recibió su madre una carta anunciando la muerte del padre; y desde entonces Jaime, aunque joven, trató de cuidar bien á su madre.

Aun cuando esta poseía casa y algun terreno, sin embargo era pobre, y ganaba su vida como costurera. Jaime trabajaba en el campo y llevaba todas las mañanas al prado la vaca que era muy mansa, y por eso Jaime la estimaba mucho, y la puso el nombre de Cuerno-largo. Pero sucedió que cayó enferma Cuerno-largo y no quiso comer. Jaime trajo la comida bien caliente y sazónada, y la pobre vaca se puso á comer, pero no tenia fuerzas; y solamente podia revolverla con la lengua. Un vecino vino á verla y dijo: «¡Pobre animal! me parece que se va á morir.» Jaime echó paja limpia para hacer una cama blanda, y tapó los agujeros del granero para que no pasase el viento. Con todo, Jaime la halló muerta el día ántes de la Navidad. No podia contener las lágrimas cuando volvía á casa para decir á su madre lo que habia sucedido. Ella tambien lloró, no tanto



porque queria á Cuerno-largo, como porque ella sabia bien que esta pérdida les hacia mas pobres y sufrirían escaseces ántes que pasase el invierno.

«Nollores mamá,» dijo Jaime, «podremos pasar de un modo ó de otro. Quizas pueda ocuparme en servicio de Don Juan, el buen vecino, por-

que debe tener algun trabajo en el invierno.»

La madre se reia, aunque con lágrimas, oyendo hablar á su niño pequeño como si fuera un hombre de razon, y tuvo mas ánimo por causa de él. Sin embargo, pasaron el día bastante tristes. Vino Don Juan y llevó á la pobre Cuerno-largo ya muerta. Jaime gastó el día pensando como podria ganar otra vaca. A la hora de acostarse, la madre abrió la Biblia y leyó la historia de Elías y los cuervos.

Habia estado ella pensando en la botija del aceite y la tinaja de la harina inagotable, y de los cuervos que traian pan al profeta Elías, y se preguntaba, por qué Dios no daba de comer á sus hijos hambrientos y necesitados en estos días. Jaime escuchaba mientras que su madre leia: «Apártate de aquí,

»y vuélvete al Oriente, y escóndete en
 »el arroyo de Cherith, que está ántes
 »del Jordan. Y beberás del arroyo, y
 »yo he mandado á los cuervos que te
 »den allí de comer.» Y él fué é hizo
 conforme á la palabra de Jehová;
 pues se fué y asentó junto al arroyo de
 Cherith, que está ántes del Jordan. Y
 los cuervos le traian pan y carne por
 la mañana, y pan y carne por la tarde;
 y bebía del arroyo.»

«Mamá,» preguntó Jaime, «¿qué
 clase de pájaros son los cuervos?»

«Son aves carnívoras de color ne-
 gro,» le contestó su madre.

«Pues me estraña,» dijo el niño,
 «que Dios mandase aves negras para
 traer pan á Elías; ¿por qué no escogió
 palomas ú otros pájaros mas preciosos?
 Yo no he oido de cuervos otra cosa
 sino que son aves de mal agüero.»

«Es posible que por eso Dios las
 mandase; para enseñarnos que aún los
 cuervos puedan servir de algun bien
 empleados por Él.»

«De todos modos,» replicó Jaime,
 «es una cosa que no comprendo,» y se
 marchó á la cama, y luego empezó á
 soñar sobre Cuerno-largo, Elías y los
 cuervos de un modo estraño y con-
 fusio.

(Se concluirá.)

HISTORIA DE UNA NIÑA AFRICANA.

(CONTINUACION.)



entia la pobre niña en su alma
 la necesidad del perdon y de

la salud; empero no comprendia toda-
 vía lo que para comprar esos dones
 para ella y los demas habia hecho el
 Señor Jesus. Su corazon se llenó de
 pena y de ansiedad y lloraba sola y á
 escondidas muchas veces, diciendo co-
 mo el carcelero de Filipos: «¿Qué es
 menester que yo haga para ser salva?»

Pedia muchas veces á su madre ir á
 vivir á la estacion misionera donde las
 mujeres cristianas con quienes ella ha-
 bló, segun ya dejamos dicho, habian
 recibido la enseñanza. Esa estacion
 fundada para los misioneros *moravos*,
 tiene un nombre que significa *Valle de*
gracia. Al fin la madre se puso en
 marcha y su hija creyó si tal vez se
 encaminaba á la tan deseada estacion.
 Recorrieron en efecto una parte del ca-
 mino que á ella conducia y el corazon
 de la niña latia con violencia, mas al
 llegar á una curva que el mismo cami-
 no hacia, ¡qué fatal desengaño! la ma-
 dre tomó la direccion contraria. La po-
 brequilla no se atrevia á quejarse, pero
 seguia paso á paso á su madre cabizba-
 ja y triste, suspirando en su corazon y
 diciendo en sus adentros: «Ahora sí
 que nos ponemos bien léjos de toda
 ocasion para poder aprender de los
 cristianos.»

Mas la niña se equivocó; un viaje
 que se figuraba tan funesto debia pre-
 cisamente darla el resultado que tanto
 anhelaba. En el pueblo en que la ma-
 dre vino á habitar, habia algunos cafres
 convertidos al cristianismo por los mi-
 sioneros de otra estacion, los cuales,

trabando conversacion con las viajeras, influyeron benéficamente en el corazon de la mujer cafre, la cual hubo de acceder por fin á los deseos de su hija yendo á fijar su residencia en el *Valle de gracia*, para allí tener ocasion de recibir cristianas enseñanzas. ¡Qué placer para la buena Rebeca hallarse junta con su madre, alternando con cristianos, y poder recibir la instruccion que tanto deseaba y ver de este modo satisfechas la hambre y sed de su alma! La niña contaba entónces doce años. Los nuevos misioneros la instruian gustosos en la doctrina cristiana. Entónces comprendió la buena nueva de salvacion por la gracia.

Hasta aquel momento nunca supo lo que Cristo hizo por nosotros. No habia comprendido ántes que el Hijo de Dios, para librar á los hombres del castigo merecido por la culpa, murió en el madero de la Cruz derramando su preciosa sangre para limpiarnos de todo pecado. Sin duda los cafres convertidos, á quienes allí conoció, ó no comprendian con precision esa divina nueva, ó faltos de esperiencia personal no supieron esplicarla con bastante precision y claridad, cuando la noticia de esa obra gloriosa de redencion le parecia un bálsamo tan benéfico y tan dulce que destilaba la paz y el consuelo en el fondo de su alma ansiosa de salvacion y de dicha. Su corazon se llenó de ardiente amor para con su Salvador benéfico; con placer y gozo inefable conversaba acerca de su

amor con su madre, que á la sazón se encontraba ya unida con ella en la misma fe; y ambas, madre é hija, se arrodillaban juntas y elevaban al cielo sus fervientes súplicas y sus sencillas, pero sentidas alabanzas. ¡Qué horas tan deliciosas, tan felices para la piadosa Rebeca!

La niña deseaba sobre manera recibir el bautismo cristiano, pero temia si tal vez el Pastor, en cuya clase de catequesis estaba, creeria que no se hallaba todavía suficientemente preparada para recibirle. Cierta dia mientras esto reflexionaba, le pareció escuchar una voz en el fondo del corazon que decia: «Tú que pretendes privilegios tan singulares, ¿por qué no has dado gracias al Señor por los que te lleva concedidos? Sino estás reconocida por los beneficios menores, de seguro que tampoco lo estarás por los mayores.» Entónces llena de gratitud se arrodilló para dar gracias al Señor por todo cuanto habia hecho por ella llevándola á vivir entre amigos cristianos; donde pudo escuchar la Palabra de Dios y asistir á su culto; un poquito mas tarde se sintió impulsada á demandar al Señor el privilegio del bautismo y sus deseos se vieron cumplidos.

Nosotros que disfrutamos de mas grandes privilegios que esta pobre niña cafre, ¿nos acordamos siempre de dar gracias por ellos? Pensemos, pues, en que la gratitud y la alabanza hácia Dios son la llave poderosa destinada á abrirnos el tesoro de las riquezas celestes.

Empero á Rebeca faltaba algo todavía, no podía leer esa Palabra de Dios que tanto amaba, no conocía siquiera las letras del alfabeto. Los misioneros establecieron una clase de adultos donde éstos pudiesen aprender á leer. Rebeca, que ya entonces era una mujer crecida, se presentaba en clase también para aprender á leer, é imploraba la ayuda de las niñas de la escuela que ya se hallaban algun tanto adelantadas para poder enseñarla alguna cosa. Empleaba todos los momentos que tenía libres en este trabajo, así que en muy poco tiempo pudo ya leer fácilmente, pero su lectura favorita, su ocupación más grata para ella era siempre el libro santo de Dios. Pudo decir con el Salmista: «¡Oh! cuánto amo yo tu ley! ¡cuán dulces son á mi paladar tus palabras!» Salmo 119.

Pero la joven Rebeca no se contentaba con conocer esa divina palabra, deseaba que todos, y en especial toda su querida nación cafre pudiese también creer en ella. Cuando supo que su pueblo se ocupaba incesantemente en hacerse guerra los unos á los otros, sentía que su alma se llenaba de amargura y de tristeza. «¡Ay!» decía con frecuencia, «ojalá que mi nación en vez de derramar la sangre de sus hermanos, pudiera conocer el tiempo de su visita y recibir con verdadera fe la palabra santa del Señor.»

(Se continuará.)

EL CUERVO Y LA ZORRA.

Un cuervo llevaba asido con sus garras un pedazo de carne envenenada que cierto furioso jardinero había arrojado al gato de su vecino. En el momento en que iba á comerlo posado en la copa de una vieja encina, se le acercó cautelosamente una zorra y le dijo:

«Yo te saludo, ave de Júpiter.»

«¿Por quién me tomas?» preguntó el cuervo.

«¿Por quién te tomo...?» replicó la zorra. «¿No eres tú el águila vigorosa que baja diariamente de la derecha de Marte á esta encina para alimentar á esta pobre? ¿Para qué disimular? ¿No veo yo en tus garras victoriosas implorado don que mi Dios continúa aun mandándome por medio de tí?»

El cuervo, sorprendido, se alegró mucho de que le hubiese tomado por águila. «No debo sacar á la zorra de este error,» pensaba él. Y con estúpida generosidad dejó caer su robo y echó á volar.

La zorra recibió riendo la carne y la devoró con maligna alegría. Pero pronto se cambió el gozo en doloroso sentimiento. El veneno produjo su efecto y la zorra pereció.

La mentira trae siempre mal fruto.





EL FUNUCO ETÍOPE.

(HECHOS 8.)

Saulo consentía en la muerte de Estéban, porque un celo ciego por la ley de Moises le hacia perseguir á la iglesia de Cristo. Recorria el país en

busca de los cristianos, y entrando de casa en casa, sacaba con violencia á hombres y mujeres y los hacia poner en la cárcel. Los cristianos, pues,

se dispersaron por las comarcas de la Judea y de Samaria, y andaban de un lugar á otro predicando la palabra de Dios.

Felipe que fue uno de los siete nombrados para el servicio de las mesas, bajó á la ciudad de Samaria y predicó á Cristo, haciendo tambien muchos milagros, lo cual causó gran alegría en aquella ciudad. Poco después un ángel del Señor habló á Felipe diciendo: «Levántate y vé hácia el Mediodia, al camino que descende de Jerusalem á Gaza, la cual es desierta.» Obedeció Felipe y encontró á un etíope, eunuco, gobernador de Candace, reina de los etíopes, y superintendente de todos sus tesoros, el cual habia venido á Jerusalem á adorar á Dios; y á la sazón se volvía en su carro leyendo.

Entonces dijo el Espíritu á Felipe: «Llégate y júntate á este carro.» Y habiéndose acercado Felipe, oyó al eunuco leyendo al profeta Isaías, y le dijo: «¿Entiendes lo que lees?» «¿Y cómo podré,» contestó el eunuco, «si alguno no me enseñare?» Y rogó á Felipe que montase y se sentase con él. El pasaje de la Escritura que iba leyendo era este: «Como cordero fue llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores enmudeció, y no abrió su boca. De la cárcel y del juicio fue quitado, y su generación ¿quién la contará? Porque cortado fue de la tierra de los vivientes, por la rebelion de mi pueblo fue herido.» (Isaías 63, 7. 8.) Y el eunuco tomando

la palabra dijo á Felipe: «Ruégote ¿de quién dice esto el profeta? ¿de sí, ó de otro alguno?» Entonces Felipe comenzando por este texto de la Escritura le anunció á Jesus. *(Se concluirá.)*

ELÍAS Y LOS CUERVOS.

(CONCLUSION.)

Jaime madrugó á la mañana siguiente, pero como no tenia nada que hacer, ni aun preparar almuerzo para Cuerno-largo, estaba muy impaciente. Dijo: «es preciso que tengamos otra vaca; voy ahora para hablar con D. Juan, y veré lo que me dice.» En seguida marchó hácia el bosque, en el cual estaba la casa de Don Juan. Cuando subió la colina, viendo los cuervos revoloteando en el aire, volvió á acordarse de Elías y los cuervos. «Me extraña que ellos lo hicieran,» pensó; «tampoco sé en donde encontraron el pan y la carne, y si Elías lo quiso después.»

Pensando tales cosas vió los cuervos volar por el valle y volver al bosque. Al pie de la colina se estendia un barranco tan profundo, que al parecer, el camino tenia una altura igual á la de las copas de los árboles que crecian abajo. Posaron dos de los cuervos encima de un árbol, metiéndose dentro de las ramas donde habian construido su nido. Jaime empezó muy pronto á trepar por el árbol, para ver qué clase de nido tenian. La subida era muy difícil, y tantas ramas se lo impedian,

que con gran dificultad podia seguir. Por fin encontró el nido metido en un hueco, bien seguro y protegido del viento y nieve.

Un nido es una cosa muy rara. Dudo si un arquitecto bien diestro podria hacer uno tan bien construido como el del mas pequeño pajarillo. Este, como los demas, estaba tejido, primeramente con varillas de bastante tamaño, despues con otras mas pequeñas; por dentro con pelo, cuerdecitas y paja, y con hojas en el fondo.

Jaime no pensaba dañar á las aves ni destruir el nido, pero mientras se hallaba tocándole para examinarle, los dueños cuervos se asustaron pensando que iba á robarles su casa, y volaron por arriba gritando tristemente. Mas ahora sucedió una cosa maravillosa. Bien trenzada en un lado del nido, Jaime vió una red de seda; así le parecia. Y desenredándola cuidadosamente, vió que era un bolsillo antiguo.

Bajándose de prisa á tierra, y quitando las varillas que sujetaban las mallas de la red, metió los dedos y sacando el contenido, halló dos billetes de banco bien doblados. Jaime no estaba muy acostumbrado á tener dinero en sus manos; no obstante, no tardó mucho en saber que cada uno valia *veinte duros*. ¡Cuarenta duros en todo! ¿Podría tener confianza en sus ojos? Miró por detras, por arriba al árbol y á los cuervos todavía volando y gritando con recelo, para asegurarse que no era un sueño. Entónces pensaba en

Elías. «De veras,» dijo, «aquí está el arroyo y allí los cuervos y en mis manos lo que nos traerá pan. ¡Debo yo ser un Elías!»

Llevando el bolsillo, corrió á la casa de D. Juan que se hallaba cerca, y le refirió todo lo que le habia ocurrido. Don Juan examinó el bolsillo y los billetes, y dijo que él habia oido decir de tales hechos de cuervos, pero nunca habia visto ántes una cosa tan extraordinaria.

Entónces hablaron de la posibilidad de hallar el dueño de los billetes; y si no le encontraban, el dinero seria para Jaime. Pasaron unos dias y no reclamándole nadie, D. Juan se lo dió á Jaime.

Mientras tanto y aunque era muy difícil, Jaime habia guardado el secreto de este buen hallazgo á su madre, y ella se encontraba muy perpleja por su conducta, pues estaba muy callado y tambien muy contento, y de vez en cuando reia, ó tenia que salir de la casa por no poder contener su alegría.

Cuando D. Juan le dió el dinero, Jaime le manifestó su deseo ardiente de comprar una vaca, para que su madre tuviera leche que vender como ántes. Don Juan le vendió una vaca muy buena, muy bonita, de mas valor que los cuarenta duros, (pero eso no lo conocia Jaime), y el mismo dia el hombre bueno y caritativo condujo la vaca á su nueva casa al anochecer, para que no lo supiese la madre.

Poco mas tarde se acostó Jaime por-

que estaba tan lleno de alegría que difícilmente podría contenerse.

Por la mañana, la nueva Cuernolargo, encontrándose en un sitio extraño, empezó á bramar con tanto ruido, que la madre de Jaime la oyó.

«¿Qué ruido es este que oigo en el establo?» preguntó á Jaime que ya se habia levantado.

«Pues mamá querida,» contestó el niño, yo conjeturo que los cuervos están dando de comer á Elías.»

«¿Qué quieres decir, hijo mio?»

«Que si nó están los cuervos trayendo pan á Elías, estarán acaso trayéndonos leche, y voy á tomarla que esté bien caliente para nuestro almuerzo.»

Es posible que la madre hubiese pensado que Jaime estaba loco, si este no la hubiere manifestado todo lo ocurrido en seguida, y añadió: «Mamá, me parece que Dios mandó los cuervos para darnos esta vaca, lo mismo que les mandó llevar la comida á Elías; de veras no veo yo ninguna diferencia.»

«Ni yo tampoco,» dijo la madre, «y con un Padre en los cielos tan cariñoso, y un niño tan fiel, debo ser una madre de las mas afortunadas.»

HISTORIA DE UNA NIÑA AFRICANA.

(CONTINUACION.)



Queridos lectores: ¿qué hubiera dicho aquella pobre africana si hubiese visto paises y pueblos

que se llaman cristianos desgarrarse en continuas é intestinas guerras, llenando de miseria la tierra y encharcándola un dia y otro con sangre de sus propios hijos? ¿No debemos imitar el ejemplo de la piadosa Rebeca y pedir á Dios con sinceridad y fervor que toque los corazones de los que hoy unos á otros se destrozan, y que infunda en ellos sentimientos mas dignos de los discipulos del tierno y manso Redentor?

Pero las noticias que de Cafrería recibió Rebeca fueron á veces de gran consuelo y alegría para su sencilla y noble alma. Los misioneros que trabajaban en la parte oriental del pais enviaban de cuando en cuando noticias del feliz éxito de sus predicaciones y trabajos; y cuando Rebeca oia que alguna de sus compatriotas se habia convertido, se ensanchaba de gozo su corazon y daba gracias á Dios por sus misericordias con los hijos de su pais. Sus deseos hubiesen sido irse ella en persona á Cafrería para instruir en las nuevas de salud á las gentes de su pueblo, pero por razon de su salud bastante quebrantada y débil, se vió precisada á abandonar tal proyecto. Su madre, hecha ya una cristiana, hizo un viaje á Cafrería con objeto de anunciar allí el Evángelio; mas no fue la voluntad de Dios que se cumpliese su deseo; cayó enferma junto á una estacion de misioneros ingleses y allí murió en la fe y paz del Señor Jesus.

(Se concluirá.)



EL EUNUCO ETÍOPE.

(CONCLUSION.)

Y siguiendo su camino, llegaron á un lugar donde habia agua, y el eunuco dijo: «Hé aquí agua, ¿qué impide que yo sea bautizado?» Y Felipe contestó: «Si crees de todo corazon, bien puedes.» Entónces dijo el eunuco: «Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.» Y mandado parar el carro, descendieron ambos, Felipe y el eunuco, al agua, y Felipe le bautizó. Y así que hubieron salido del agua, el Espíritu del Señor

arrebató á Felipe y no le vió mas el eunuco, el cual prosiguió su viaje lleno de gozo.

Vendrán muchos del Oriente y del Occidente, y se asentarán con Abraham é Isaac y Jacob en el reino de los cielos. Mateo 8, 11.

Vendrán príncipes de Egipto, Etiopia apresurará sus manos á Dios. Salmo 68, 31.

HISTORIA DE UNA NIÑA AFRICANA.

(CONCLUSION.)



Rebeca lloraba con dolor profundo la muerte de su amada y buena madre, pero se consolaba con la dulce confianza de reunirse un día con ella en la presencia de su Dios y Salvador.

Uno de sus amigos del *Valle de gracia* construyó para Rebeca una bonita choza donde vivió tranquila bastantes años. Su salud cada día se debilitaba mas y mas, pero estaba siempre muy contenta y alegre, y cuando algunas jóvenes cristianas venían á visitarla y pedirla sus consejos y enseñanzas, la encontraban siempre entretenida en entretejer canastillos de flexible junco, con la Biblia y el Himnario que siempre tenía cerca de sí sobre la mesa, para leer algun versículo de la primera ó encomendar alguna estrofa del segundo á su memoria, al propio tiempo que se dedicaba á su trabajo.

Esta clase de ocupacion la daba muy poco de sí, de suerte que seguía siendo sumamente pobre, pero confiaba siempre mucho en Dios, y cuando algo le faltaba se dirigía en demanda de ello á Dios; y nunca, nunca á los hombres. En una ocasion que estaba bastante enferma para poder trabajar, se vió sin provisiones de boca. Nada, absolutamente nada tenía en casa para comer á escepcion de un pedacito de carne salada; pan no había para ella ni una

migaja siquiera. Iba á cocer su carne y pedía á Dios: «Señor, tú que tienes en tu mano los corazones de los hombres, dame un pedacito de pan para comerlo con este poco de carne.»

Cocida ya la carne, esperaba la pobre Rebeca, pero no llegaba nadie que pudiese socorrerla. Rebeca colocó sobre su modesta mesa el plato con el manjar tan escaso como poco conveniente á su mal estado de salud. En aquel momento la puerta de su chocita se abrió y aparece una niña chiquita que traía en sus manecitas un mollete. «Aquí,» dijo, «ha encendido la mamá su horno de pan cocer, y me ha encargado te trajera este mollete.»

El buen Padre celestial había escuchado su súplica y la daba más de lo que pedía todavía, en lugar de un pedacito como ella dijo, le envió el pan necesario para su alimento durante algunos días. Arrasados sus ojos en lágrimas se sentó junto á su mesa para tomar su modesto alimento.

Poco tiempo despues, un día que el misionero vino á visitar á Rebeca, esta le entregó un papelito en que había envueltas unas cuantas monedas que ascendían como á unos tres duros. «Esto, Señor,» le dijo, «es para la obra del Evangelio.»

«Pero, querida Rebeca,» contestóla el buen pastor, «para tí que eres tan pobre, ese dinero es demasiado.» «No Señor,» fue su respuesta, «doy con sumo gozo ese dinero que como regalo he recibido de algunos buenos ami-

gos. Estoy muy cierta de que el socorro del Señor no ha de faltarme en lo venidero.»

Al fin la buena y piadosa Rebeca cayó en una enfermedad bastante grave y dolorosa. Padecía terriblemente de la cabeza, pero en medio de los dolores mas acerbos, se hallaba siempre tranquila y sosegada y sometida con alegría al Señor. «Sufro mucho,» dijo un dia á su pastor, «ni de dia, ni de noche hallo un instante de sosiego y de descanso; pero experimento un inefable consuelo cuando pienso en la pasion dolorosa de mi Salvador; ¡cuánto mas sufrió El que sufro yo! Yo, pobre pecadora como soy, lo merezco todo, mas El, si sufrió, fue por mis pecados. Cuando padezco tan agudos dolores de cabeza, me imagino lo que Cristo sufriría cuando sobre la suya llevó la corona de aguzadas espinas.»

Durante su enfermedad no le faltaron los socorros materiales. Sus amigos la visitaban á menudo y la traian todo cuanto necesitaba, y ella, la pobre enferma Rebeca, recibia esos obsequios con muestras señaladas de cariñoso reconocimiento. «¡Ay!» dijo muchas veces, «estos dolores que ahora sufro no son ni una gota de agua siquiera comparados con el Océano inmenso de perdurable gozo que en el cielo me está preparado.»

En medio de angustias y agonías terribles, exclamó en una ocasion: «Sea de mí lo que quiera; yo sé que mi Redentor vive.» En otra ocasion dijo tambien con voz débil y apocada: «¡En mí

no encuentro mas que pecado, pero esto mismo me invita á buscar siempre el perdon á los piés de mi Salvador Jesus, y le pido me mantenga siempre con su gracia en estos sentimientos!» Pocos instantes despues de esta confesion humilde acabó su vida para ir á gozar de una felicidad inmejorable en la presencia del Redentor á quien tan de corazon amaba.

Queridos lectores: ¿Somos tan celosos, tan humildes y buenos discípulos de Jesus como esta pobre mujer cafre?

LA ENCINA.

En tiempos muy remotos comparecieron ante un Tribunal dos jóvenes llamados Edmundo y Cárlos.

Edmundo dijo al juez: «Hace tres años que teniendo que hacer un viaje, dí en depósito á Cárlos, á quien tenia por mi mejor amigo, una costosa sortija con piedras preciosas, y ahora no me la quiere devolver.»

Cárlos poniendo la mano en su corazon, dijo: «Afirmo por mi honor que no he visto semejante sortija; mi amigo Edmundo debe haber perdido el juicio.»

El juez preguntó á Edmundo si podia presentar algun testigo de dicho asunto. Este respondió: «Por desgracia no habia nadie presente, sino una antigua encina debajo de la cual nos despedimos.»

Cárlos replicó: «Yo estoy dispuesto

á jurar que tanto sé de la sortija como de la encina.»

El juez mandó á Edmundo le trajese una ramita de la encina; y á Cárlos que se quedase hasta que viniese Edmundo.

Al cabo de un rato dijo el juez: «No sé como tarda tanto Edmundo. Cárlos, asómate á la ventana á ver si viene.»

Cárlos contestó: «Oh, señor, la encina está mas de una legua de aquí.»

Entónces dijo el juez en voz alta: «Ah infame, que querias poner al mas alto juez por testigo de tus maldades; tú tienes la sortija puesto que sabes donde está la encina.»

Cárlos tuvo que entregar la sortija y el juez le condenó á un año de prison, y le dijo al mismo tiempo: «Esto es para que aprendas que siempre se descubre la mentira.»

Niños mios, no seais embusteros, porque es uno de los vicios mas feos que se conocen.



EL OTOÑO.

Tu mano la lluvia vierte
Sobre la tierra abrasada;
Y á tu voz regocijada
En un vergel se convierte.

Sacude el polvo la yerba,
Sacúdele el bosque umbrío,
Y las gotas del rocío
Cual leves perlas conserva.

En espumosos raudales
La vid su jugo derrama,
Y el peso inclina la rama
De los árboles frutales.

Ya más tarde por Oriente
Nace el sol con lento paso,
Y más pronto en el ocaso
Va á esconder su roja frente.

La tímida golondrina
Deja ya nuestros hogares,
Y traspasando los mares.
Al África se encamina.

Bendito quien hizo el mar;
Bendito quien hizo el viento;
Quien al ave da sustento;
Quien al sol hace brillar.

Bendito el que se recrea
Viendo en el hombre su hechura;
El que formó la luz pura
Con decir: «Que la luz sea.»

ADVERTENCIA.

Este periódico saldrá á luz mensualmente, al precio de medio real cada número, ó sea 6 reales al año; en provincias 8 reales.

En su confeccion se ha procurado distribuirlo en cuatro medios pliegos, á fin de que cada uno de ellos sirva como periódico semanal para el uso de las escuelas dominicales.

Rogamos á todos los que se interesen por la educacion de los niños, que nos ayuden en esta tarea, remitiéndonos enigmas, cuentecitos, artículos de Historia, Geografía, Física é Historia natural.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á la Librería Nacional y Estranjera, Calle de Jacometrezo 59.

MADRID:—Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.